

Monje y Hábito

● Con frecuencia leemos acerca de la majestad que tienen determinadas instituciones, la jerarquía espiritual que conllevan ciertas actividades, la excepcional función que desempeñan algunos magisterios, pero todo queda dentro de lo literario. Cuando se trata de otorgar signos visibles de jerarquía o excelencias, pareciera que nos invade el temor al ridículo.

Y esos signos son necesarios. Por más que la Reina de Inglaterra se vista en ocasiones como una común matrona, existen ceremonias en que toda la representatividad de su trono se hace aparente. La consagración del nuevo Papa no tuvo el boato tradicional, pero no por eso en la ornamenta de los participantes y en la solemnidad del ritual se dejó de advertir que se estaba realizando un acto trascendental.

Los chilenos no somos amigos de las ceremonias y nos excusamos diciendo que somos sencillos, pero la verdad es que somos tímidos. Hay hechos de nuestra vida civil que debieran estar revestidos de algún tipo de solemnidad que dejara en claro la importancia del acto.

Es el caso de la administración de justicia. Pocas funciones tienen una mayor jerarquía dentro del cuerpo social. Desde los comienzos de la historia del hombre, quienes habían sido designados para la difícil tarea de administrar justicia distinguieron su presencia con ornamentos especiales. Era importante que la gente se diera cuenta que el juez no era un hombre cualquiera. En los Tribunales de Justicia europeos y norteamericanos, jueces y abogados usan largas y negras capas, mientras que los recintos judiciales corresponden a esa antigua expresión de "templo de la justicia". En cambio, pocas cosas hay más deprimentes que el acercarse al mesón de un Tribunal chileno y la respetabilidad y jerarquía espiritual que debe

tener un juez tambalean cuando se le observa trabajando en un deprimente entorno y con su vestimenta civil en nada diferente a quienes acuden a él para someterle sus pleitos.

Cuando el Dr. Garretón, siendo Ministro de Educación de la Administración de don Jorge Alessandri, creó el Instituto Chile a imagen y semejanza del Instituto de Francia, no estableció en su reglamento el uniforme académico que caracteriza a los países de larga tradición cultural. Ahora, cuando se asiste a una reunión solemne de ese Instituto que reúne a la inteligencia chilena, el profano puede observar a los "inmortales académicos" con tenidas y actitudes que poco o nada difieren con las que se encuentran a diario en la Plaza de Armas con su infaltable galería de jubilados.

Distinguir las jerarquías de las personas por sus vestimentas y crear un ceremonial para las ocasiones solemnes, no son hechos intrascendentes. Por el contrario, es premunir a instituciones, actividades y personajes de excepción de signos visibles de su autoridad y nivel superior.

Pocos lugares en el mundo son más informales que las Universidades norteamericanas. En sus campus, en las cafeterías, en las aulas de clase, profesores y alumnos se confunden en el multicolor de sus vestimentas. Pero, llegado el momento de honrar a las personalidades más prominentes de la comunidad universitaria para otorgarles el título de "doctor honoris causa", toda esa informalidad desaparece para dar paso a un solemne ritual en que las togas y las capas se despliegan en señal de excelencia intelectual.

Tiene razón el proverbio que dice que el hábito no hace al monje, pero el proverbio calla que un monje sin hábito corre el riesgo de dejar de serlo.

PARTIQUINO.